

RESEÑA

MANUEL GÁRATE CHATEAU, *La creación de un monstruo: la imagen de Augusto Pinochet en caricaturas de prensa extranjera*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2023, 276 págs.

La conmemoración del aniversario número cincuenta del golpe de Estado en Chile supuso una revisión profunda del pasado reciente en un presente controvertido. Ya sea por una tendencia global o por factores específicos de la política nacional, el año pasado estuvo marcado por el avance de sectores conservadores que –de manera implícita o explícita– reivindicaron la intervención de los militares en 1973. Una encuesta de larga tradición como barómetro político reflejó esta tendencia con cifras alarmantes para el sector progresista. Según este estudio, el respaldo de la opinión pública a la justificación del golpe creció de forma considerable. En particular, la respuesta de que la dictadura “liberó” a Chile del marxismo aumentó un 20 % en relación con la última estadística<sup>1</sup>. Al mismo tiempo, y como reflejo de esto último, las memorias de las víctimas fueron objeto de cuestionamientos. Hubo un número creciente de personas que difundió por redes sociales fotografías, memes y discursos originales de la época para evocar la figura de Augusto Pinochet. Pero ¿por qué Pinochet y por qué ha perdurado su figura tanto tiempo?

Pareciera ser que la figura de Augusto Pinochet no abandonará tan fácilmente el imaginario y discurso político de los chilenos, y no lo ha hecho hace más de medio siglo. La indumentaria militar, los lentes oscuros de carey y la mirada adusta fotografiada por el neerlandés Chas Gerretsen, son elementos que han quedado inmortalizados en la historia de Chile y de las dictaduras mundiales. De ahí que detrás de Augusto Pinochet hay un componente que ha permitido su presencia física y virtual durante todo este tiempo, pero que ha sido vagamente estudiado por la historiografía: el factor estético.

La historia de los autoritarismos en Europa y Asia demuestra la importancia que los dictadores conceden a la estética, es decir, a proyectar una imagen idealizada de su realidad basada en una ideología específica. De manera similar, la dictadura civil-militar en Chile construyó su propia estética, difundiendo una visión de progreso económico y orden político de corte nacionalista. La imagen de Augusto Pinochet fue parte central de esta operación, añadiéndose en su persona valores como el patriotismo y la acción militarista de la salvación. Sin embargo, toda creación estética tiene su reverso, su oposición. A contrapelo de estos relatos triunfalistas, los opositores al régimen elaboraron un arsenal de imágenes para criticar la crudeza de la dictadura y vincularla con la maldad. Como resultado, Pinochet se convirtió en un contenedor de significados y simbolismos iconográficos disponibles tanto para exaltar como para criticar su figura.

---

<sup>1</sup> Market Opinion Research International (MORI), “Barómetro de la Política CERC MORI, 1987-2023”, disponible en: <http://morichile.cl/wp-content/uploads/2023/05/Chile-a-la-sombra-de-Pinochet.pdf> [fecha de consulta: 10 de noviembre de 2024].

Por todo esto, la publicación del historiador Manuel Gárate Chateau es importante para complejizar el factor estético de la figura de Augusto Pinochet, y el actual revisionismo histórico que enfrenta. La propuesta inicial de este libro es analizar las representaciones que hicieron los caricaturistas sobre el golpe de Estado y las transformaciones de la imagen “monstruosa” de Augusto Pinochet hasta su muerte. Así, el libro se presenta como una “historia cultural del miedo exorcizado a través del humor” (p. 20), siendo su sujeto histórico los caricaturistas europeos y norteamericanos críticos a la dictadura chilena.

A medida que se lee este libro, se presenta su interrogante principal que es cómo fueron contruidos estos imaginarios envilecedores que rodean la figura del militar en cuestión. ¿Qué recursos y elementos ocuparon los caricaturistas europeos para representarlo? ¿Para qué se enfocaron en él, y qué relación tienen estas caricaturas para su realidad nacional? ¿Por qué se acentuó la figura de Pinochet por sobre los otros miembros de la Junta Militar y los colaboradores civiles? y ¿Por qué caricaturistas de todo el mundo recurren al simbolismo o al rostro de un dictador de una región tan remota del planeta? Todas estas preguntas, y otras más, son las que el libro de Manuel Gárate se hace cargo de manera soberbia y con un acervo de fuentes poco explorado por la historiografía chilena.

La estructura de este libro se puede dividir en tres partes: metodología, seguimiento histórico y momento actual. En primer lugar, los dos capítulos iniciales tienen una función introductoria al tema de estudio. Acá aparecen las motivaciones del autor y su justificación para adentrarse en la caricatura política como fuente histórica, y en los caricaturistas europeos como agentes que empatizaron con la crisis chilena. En segundo lugar, los capítulos 3 y 4 presentan cómo se ha representado a Augusto Pinochet desde el golpe de Estado hasta su retorno de Londres en el 2000. A través de esto, se muestran transformaciones en las formas de representar a Pinochet, y cómo se van añadiendo y sustituyendo elementos simbólicos en sus caricaturas. Para finalizar, el quinto capítulo se encarga de cerrar este libro con una reflexión sobre la popularidad que ha ganado la figura de Augusto Pinochet en la actualidad. Manuel Gárate explica que este *revival* de Pinochet en las nuevas generaciones ha sido facilitado por su factor estético y la reproducción ahistórica de su imagen en la cultura pop.

Hay que valorar el enorme esfuerzo que hay detrás de este libro, pues su propuesta plantea más conflictos y dificultades que espacios de confort para el investigador. Por una parte, hay un desafío en el acceso a las fuentes de estudio, cuestión que Gárate aborda con gran diligencia. Como se mencionó anteriormente, este libro analiza caricaturas, es decir, recortes de humor gráfico que fueron publicados en revistas y periódicos norteamericanos y europeos. Por tanto, estas caricaturas no fueron de circulación nacional, y muchas de ellas tampoco tienen acceso virtual. Más aún, algunas de estas nunca fueron divulgadas en su momento, siendo exhibidas de forma inédita en este libro. Por otra parte, esta investigación se hace cargo de las dificultades que supone analizar como fuentes históricas las imágenes, y sobre todo de un soporte tan multifacético como el humor gráfico. Las caricaturas deforman la realidad y crean estereotipos para comunicar un mensaje –por lo general– implícito. Por ende, su análisis requiere de una mirada crítica e interpretativa,

capaz de hacerse cargo de la intertextualidad de este soporte humorístico para desgranar su intencionalidad política intrínseca. Tal desafío es abordado de manera completa por Manuel Gárate, que no solo da una explicación de la imagen en sí, sino de su contexto histórico nacional e internacional.

Vinculado a esto último, otra de las dificultades que asume este libro es abordar la historia global de la imagen de Pinochet. Pues, cada caricaturista responde a un contexto político y cultural específico que define el mensaje que intenta transmitir con su creación. Ante esto, Manuel Gárate no solo analiza la historia reciente de Chile, sino que también establece conexiones entre esta y las historias particulares de las naciones de origen de los dibujantes. Todo esto, para comprender el surgir de esta mirada crítica del caricaturista con la dictadura civil-militar chilena.

Un argumento que sostiene este libro es que la imagen de Augusto Pinochet no solo se transformó por el devenir histórico y político nacional, sino que actuó como un arquetipo global de la violencia. Pinochet es un recurso que caricaturistas de todo el mundo ocupan para criticar sus realidades locales, acusando la vinculación de sus gobiernos con el “Chile de Pinochet” o por la similitud de prácticas represivas.

La crisis chilena tuvo un impacto importante en diferentes lugares de Europa, siendo un lugar de recepción de exilados y militantes de izquierda desarticulados. Todo esto permitió que el viejo continente mostrara una mirada más sensible y solidaria con los chilenos opositores. Manuel Gárate destaca que, detrás de este apoyo existe una tesis poco explorada, y esta es, nuevamente, su factor estético. Las imágenes del golpe de Estado que llegaron a Francia narraban una historia casi cinematográfica: un proyecto esperanzador de la Unidad Popular que culminó de forma abrupta por la violencia de la intervención militar. El bombardeo de La Moneda, los tanques en las calles y el uniforme prusiano de los militares chilenos reactivaron una memoria traumática para Europa, que evocó los peores momentos de la Segunda Guerra Mundial. Por ello, las reacciones de los caricaturistas de sátira política fueron inmediatas para condenar lo que estaba sucediendo en Chile.

La narrativa dramática de la dictadura chilena necesitaba de un villano, un antagonista que sintetizara las antípodas del proyecto socialista democrático, y que concentrara toda esta maldad y su condena internacional. Tal función fue ocupada por Augusto Pinochet. Sin embargo, construir a un villano o un “monstruo” implica el riesgo de reducir el proceso histórico de la dictadura civil-militar en una lucha maniquea entre buenos y malos. Manuel Gárate se ocupa de esta reflexión, mencionando que este tipo de análisis conduce a un determinismo histórico que envuelve la biografía completa de la figura estudiada a un anacronismo, en tanto, se asocia toda su vida con un “destino manifiesto”. De todas formas, esta percepción maniquea es esencial para el enfoque de este libro. Puesto que, para estudiar esta temática, el autor aprovecha este reduccionismo intencionado de la caricatura para adentrarse en los imaginarios y sus (re)elaboraciones.

Un argumento claro que presenta este libro es que los simbolismos que rodearon a la figura de Pinochet fueron móviles, transformándose en la medida en que se destapaban casos de violencia política y de corrupción. Ahora bien, hubo símbolos que fueron perma-

entes en las representaciones de Pinochet. Los lentes oscuros que fueron tomados de la fotografía de Chas Gerretsen siguió a la figura del dictador hasta su muerte. Fuera de este símbolo perenne de las gafas hubo muchas formas en las que se lo representó siguiendo su trayectoria histórica y biográfica. Por una parte, este libro muestra cómo evolucionaron estas representaciones desde un Pinochet incógnito y sin rostro, hasta un líder reconocido, símil a los dictadores mundiales condenados por el juicio de la historia; desde un Pinochet imponente con prestancia insensible, hasta un anciano débil, pero despreciable por sus constantes elusiones a la justicia y ausencia de arrepentimiento. Por otra parte, Pinochet fue retratado/deformado utilizando diferentes recursos asociados al mundo de la animalidad (gorilas, puercos, roedores e incluso con animales prehistóricos y mitológicos), elementos grotescos (referencias sexuales y de violencia gráfica) y alusiones histórico-políticas (superposición con los emblemas y figuras de las dictaduras fascistas europeas, y colaboracionismo estadounidense en Guerra Fría). Sobre esto último, el recurso de la comparación con el nazismo y la denuncia de la intervención estadounidense fueron los principales tópicos de la caricatura europea, los que lo siguieron hasta su “ocaso”.

La historiografía chilena se ha enfocado en la figura de Augusto Pinochet durante la dictadura cívico-militar, y solo un número más limitado de investigaciones se ha encargado de estudiarlo luego de la transición. Tal situación es de atención, dado que, durante la posdictadura, Pinochet siguió siendo un actor clave del gobierno democrático, cuestión que no es habitual si se le compara con otros dictadores de la región. Manuel Gárate señala que Pinochet tuvo un segundo momento que fue menos caricaturizado, pero igualmente importante, que va desde su retorno de Londres hasta su fallecimiento. Su ancianidad no evitó que fuese duramente criticado por los caricaturistas que siguieron enfatizando en la violencia de su pasado. A propósito de esto, es menester apuntar que en este último momento de Pinochet se le añadieron nuevos símbolos para cuestionarlo, como lo fue la silla de ruedas que evoca su elusión fraudulenta a la justicia internacional.

El fallecimiento de Augusto Pinochet fue un momento en el que los caricaturistas aprovecharon de “despedirse” de este personaje que habían creado. La “monstruosidad” siguió siendo su tópico esencial, cuestión que queda reflejada en la manera de representar el juicio divino del dictador. Los caricaturistas jugaron con el hipotético caso de Pinochet siendo expulsado del cielo por su prontuario de violencia, cuestión que era más compatible con el infierno. Sin embargo, su arribo al inframundo tampoco fue una cuestión asegurada, siendo rechazado o temido por el propio satanás, pues la maldad que canalizaba el dictador era mayor a la suya. Todo esto juega con el exceso de los imaginarios cristianos, en el que supuestamente no hay mayor castigo que el infierno.

A modo de reparo, este libro presenta muchos elementos valiosos para el estudio del humor gráfico en la historiografía chilena, pero hay ciertos aspectos que podrían ser revisados si hubiese una reedición y/o una profundización de esta temática para futuras investigaciones. Por una parte, un punto que podría ser de gran riqueza sería estudiar los contrastes entre caricaturas que critican a Augusto Pinochet con las que adhieren su figura. Claro está que, estas últimas no tuvieron un impacto tan hondo como las caricaturas que se dedicaron a envilecerlo, pero su mera existencia supone un campo enriquecedor para

comprender los usos del humor gráfico y la sátira política como una herramienta de doble filo. Tan solo en el caso chileno se me ocurre comparar con las caricaturas que difundió *Ají Verde* o *Último Minuto* para apoyar la campaña del “SÍ” en el plebiscito de 1988. De la mano con esto último, sería interesante ver una exploración de esta misma naturaleza, y con el mismo enfoque en la figura de Augusto Pinochet, en la prensa nacional. Sobre esto se ha escrito un poco, existiendo trabajos como los de Lorena Antezana que estudia las estrategias de resistencia de los caricaturistas para eludir la censura y la represión de la época. No obstante, falta una investigación de esta profundidad en el escenario local.

Para cerrar esta revisión del libro de Manuel Gárate es importante detenerse en su reflexión final sobre la banalización de la imagen de Augusto Pinochet en la actualidad. Los mercados del entretenimiento y la cultura pop difundieron de forma excesiva y complaciente su figura. Algunos ocuparon un discurso crítico, pero abusaron del discurso del villano y terminaron por vaciar el contenido histórico del dictador. Por esto, Pinochet ha sido representado en la cultura pop como un símbolo del mal sin un trasfondo concreto que se da por entendido sin ser explicada la cuestión de las violaciones a los Derechos Humanos y el autoritarismo. Para este libro, esto es un riesgo que ha permitido la aceptación en las nuevas generaciones de figuras como las de Pinochet, puesto que como no fueron testigos de esos tiempos toman de manera ligera a estos dictadores.

Un aspecto que Gárate no considera, pero que resulta fundamental para comprender el revisionismo histórico de la figura de Pinochet entre los jóvenes, es el sistema educativo actual. Desde inicios de la transición a la democracia, las instituciones educativas han evitado incorporar la historia reciente en los currículos. Muchos profesores optan por omitir estas temáticas para evitar posibles represalias por parte de apoderados o de las mismas instituciones educativas, que suelen acusarlos de adoctrinamiento ideológico de izquierda. Por lo mismo, este factor estético y llamativo que algunos encuentran en la figura de Augusto Pinochet no ha encontrado un contrapeso efectivo por parte de la educación, cuya labor –nos guste o no– es formar ciudadanos comprometidos con una democracia integral.

Augusto Pinochet ha vuelto como una suerte de emblema del anticomunismo que se conjuga con el escenario del avance de la ultraderecha. Una reflexión que deja al lector esta última parte es que esta banalización de la figura de Augusto Pinochet puede explicar los grados de adhesión que ha tenido últimamente el balance positivo del recuerdo de la dictadura. Tal como se mencionó en un inicio, la quincuagésima conmemoración de golpe de Estado mostró un rasgo paradigmático, una suspensión del presente por un pasado que vuelve a enfrentarse de manera diferente que hace diez años, con un avance de posturas revisionistas que reivindicaron a Pinochet. Por todo esto, el enfoque estético es muy atractivo y novedoso para pensar, y este libro nos entrega una coordenada enriquecedora, novedosa y –a pesar de su rigurosidad académica– entretenida de leer.

GONZALO ARIAS INOSTROZA

Magíster en Historia

Pontificia Universidad Católica de Chile